



# El futuro del pasado

## Vivencias del pensamiento lingüístico

Xavier Laborda Gil

## *Sumario*

<i>Introducción. Vivir lo pensado . . . . .</i>	9
Capítulo 1. Primavera de la oratoria . . . . .	13
Capítulo 2. La ciencia como retórica: cartografía barroca y discurso . .	31
Capítulo 3. Oráculos de diccionario . . . . .	49
Capítulo 4. Prejuicios de temporalidad fría . . . . .	69
<i>Bibliografía. . . . .</i>	91

## INTRODUCCIÓN

### *Vivir lo pensado*

Las letras son útiles porque enseñan a pensar lo vivido. Más provechosas resultan aún cuando incitan a vivir lo pensado, cuando animan a llevar a la práctica lo que se ha madurado en ese tiempo de reflexión. Estas páginas son la memoria de vivencias dedicadas al pensamiento lingüístico. Son la muestra de una praxis que ha intentado aplicar los principios del estudio de la historia. Tratan de la tradición y la actualidad con la encomienda de dar respuesta al problema de la interpretación de los discursos.

Aquí consideramos, en primer lugar, el discurso oral que promueve la oratoria, a partir de obras que reverdecen la tradición con estilos y aplicaciones originales. A continuación, contemplamos la narrativa iconográfica de la cartografía barroca para contrastar la tesis semiótica de la ciencia como retórica. Más adelante, la consulta de diccionarios de lingüística de diversas décadas del siglo xx revela el ímpetu de unos manifiestos que apelan a la prudencia de los especialistas. Finalmente, la crisis de la historia entre los lingüistas nos lleva a discernir los prejuicios de una temporalidad fría o negligente, para congregarnos en torno al discurso y la historia a los practicantes de la comunicación.

A propósito de la distancia que separa a algunos académicos de esa combinación de discurso e historia, acudimos ahora a un recuerdo personal. Es una anécdota punzante como el dardo lanzado hacia la diana. Tras la presentación de un libro de lingüística, los asistentes rompieron la formalidad del acto y se dispusieron en grupos para conversar. El libro contenía un estudio de un colega sobre oratoria parlamentaria. Un con-

tertulio, encanecido en la cátedra, observó con suficiencia que la obra no era en realidad de lingüística. Ya fuera porque esperara una réplica o una invitación a explayarse que no llegaron, el caso es que dejó sin aclarar a qué ciencia correspondería el meticuloso análisis. Con el comentario señaló a los oyentes el riesgo de apartarse de la teoría lingüística y de dejarse abordar por el discurso. Debía de ver en ello no ya una contrariedad engorrosa, por la retención que puede suponer una distracción temporal, sino un error censurable en la confusión de medios y fines. La asimilación de la lingüística al código era la diana del dardo lanzado, para excluir así lo que tiene que ver con la comunicación.

La teoría lingüística, como toda teoría, tiene el valor de crear expectativas sobre el conocimiento futuro. Para algunos —digamos, por ejemplo, Roland Barthes, Roman Jakobson, Émile Benveniste, David Crystal o Umberto Eco— ese horizonte exploratorio incluye tanto el código como el discurso, la sintaxis y la comunicación, las normas combinatorias y los enunciados con que los comunicantes quieren satisfacer sus propósitos. De acuerdo con la postura discrepante del académico, muchas obras de estos lingüistas quedarían de repente fuera del campo de la lingüística. Vagarían, pues, desterradas por el canon ellas y sus autores, arrojando el ostracismo científico. Pero sucede que la memoria de estas figuras está libre de esos límites polémicos que recuerdan la encorsetada escolástica.

Digamos unas palabras sobre el contenido del volumen. Examinemos el tópico de la trivialidad de la oratoria. Lo hacemos a partir de materiales actuales y relevantes en el capítulo «Primavera de la oratoria». Su título denota la idea positiva del estudio. El recurso escogido para representar el nutrido conjunto de obras que lanza la industria editorial es vincular cuatro principios retóricos a unas obras alusivas. El primer principio se refiere a la fluidez, que implica conciencia de la corrección, claridad y adecuación discursivas (Cortés, 2018). El segundo afecta al estilo elocuente, con el conocimiento de ejemplos literarios y la práctica de figuras elocutivas (Sargatal, 2018). El tercero indica el factor del liderazgo, basado en la oratoria del encanto y la persuasión

(Pastor, 2016). Un último principio considera la reunión de la retórica teórica y práctica en las relaciones personales y la comunicación social (Laborda, 1996 y 2012).

En «La ciencia como retórica: cartografía barroca y discurso» tan-teamos el principio de que todo estudio científico, sea formal o experimental, está sometido a unas reglas discursivas. De las reglas de discurso surgen la condición de realidad, la calidad de experimentación, la capacidad de demostración, la consistencia de una teoría y el crédito científico que se consigue. El estudio de ilustraciones cartográficas del siglo xvii muestra ciertas relaciones entre la ciencia y los dispositivos retóricos. Investigamos los discursos gráficos de dos mapas ilustrados: *Mapamundi* (1606) y *Le theatre du monde ou nouvel atlas* (1635), creados y editados en Amsterdam por Willem J. Blaeu, geógrafo sobresaliente en cuya iconografía se combinan tecnología y mitología como alarde discursivo y estético.

El capítulo «Oráculos de diccionario» analiza cinco diccionarios de lingüística publicados entre los años setenta del siglo xx y principios del siglo xxi. Sus autores son J. Dubois (1973); G. Mounin (1975); G. R. Cardona (1988); J. C. Richards, J. Platt y H. Platt (1992), y D. Crystal (1980-2008). El estudio presenta, como características particulares, el preciosismo descriptivo de Mounin, la obra propedéutica de Cardona, el diccionario aplicado y mixto de Richards y los Platt, y la institución lexicográfica de Crystal. La indagación aporta perspectiva histórica al problema terminológico de la lingüística, agitada en esta época por una gran expansión de teorías y tecnicismos. Los prefacios de estos diccionarios forman un repertorio significativo para la historia de la lingüística. En ellos se registran los rasgos de la evolución de la lingüística, desde ciencia guía y modelo formal a disciplina muy ramificada y modelo contextual e histórico. Estos lexicógrafos, autores de los cinco diccionarios, dan respuesta a la pregunta sobre el papel del diccionario especializado en el progreso de la lingüística.

Por último, el capítulo «Prejuicios de temporalidad fría» recoge diez prejuicios sobre la construcción de la historia de la lingüística. En ellos

se resume un espíritu antihistórico que pone en peligro la perspectiva científica de los lingüistas. La negación del interés de la historia o la reducción de su atención a la propia escuela son manifestaciones de esos prejuicios. La concepción de una historia acumulativa y definitiva es otro de esos tópicos engañosos. Frente a esos prejuicios está la práctica de la historia de la lingüística, que apela al principio de que la lingüística opera con una variedad de paradigmas en competencia. El sentido histórico permite asimilar la realidad de que los modelos de la lingüística están determinados por la perspectiva con que se estudia el lenguaje y la comunicación.

La crítica de los mencionados prejuicios facilita la comprensión y la práctica de la historia de la lingüística. Presenta mecanismos de su escritura, tanto desde la lógica externa como de sus diversos contextos. Recuerda la función simbolizadora del relato histórico, que permite a los lingüistas asumir un pasado que abre un espacio nuevo en nuestro presente. La comprensión y la aplicación de unos términos y unos principios interpretativos son la clave de esa apropiación intelectual. Con el concurso de la historia, la lingüística puede madurar como una ciencia del lenguaje integradora, abierta a una multiplicidad de corrientes, a la diversidad del canon y a una praxis crítica. En ello se resume el futuro del pasado.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Las fuentes de los tres últimos capítulos son, respectivamente, los siguientes artículos míos: «Cartografía barroca y la retórica del discurso» (*Teoría/Práctica*, núm. 3, 1996, págs. 353-370); «Los diccionarios de lingüística, repertorios de historia de la lingüística (1973-2008)» (*LinRed*, núm. xv, 2017); «Diez prejuicios de historia de la lingüística» (*LinRed*, núm. xvi, 2018).

## CAPÍTULO I

### *Primavera de la oratoria*

#### *Las voces congregadas*

La primera observación que anotamos es que, a pesar de su destierro de los tratados de lingüística, la oratoria goza de una gran vitalidad. No importa que, en lo que se refiere a la lingüística, la retórica viva a la intemperie. Las causas de su actualidad son diversas. Sus estudios resultan estimulantes, la difusión editorial alcanza unos índices envidiables, su consulta resulta inspiradora y las aplicaciones no agotan la imaginación.

Comenzamos con un ejemplo significativo. Es una muestra de cómo lo difícil puede ser asequible y atractivo. Está adquiriendo notoriedad y reconocimiento un certamen de oratoria en medios universitarios. Se denomina «Mi tesis en 180 segundos». Los participantes son investigadores doctorales que exponen las ideas destacadas de su trabajo a un público general. En esos concursos de oratoria confluyen investigadores de múltiples ciencias. El reto del orador es presentar su investigación de un modo comprensible e interesante, en ese tiempo tan breve. La ciencia, el científico, en realidad, ha de resultar elocuente, escoger las palabras, hacer las transiciones con precisión, proponer analogías, insertar relatos sucintos y, muy especialmente, relacionar su investigación a una función social. El reto de «Mi tesis en 180 segundos» es considerable (Marmande, 2015). Compensa saber que la satisfacción de ser un orador capaz guarda proporción con la dificultad del certamen.

Probablemente el campo de la retórica teórica y práctica sea uno de los más activos en el mundo de la edición sobre lingüística y comunicación. Esta ingente actividad no es un capricho, sino que responde al vivo interés de los lectores. Las variantes de la cuestión son numerosas: la reflexión sobre el discurso, la oratoria entendida como práctica oral, la escritura, el liderazgo político, la comunicación en la empresa, los géneros periodísticos, los medios audiovisuales, el cuidado de la voz, la expresividad corporal, la improvisación, la teatralidad actoral, la actividad profesoral, el protocolo...

El recurso que hemos escogido para representar ese conjunto desbordante es señalar cuatro principios. Los ilustramos con el comentario de unas obras alusivas. El primero se refiere a la fluidez, que implica conciencia de la corrección, claridad y adecuación discursivas (Cortés, 2018). El segundo principio afecta al estilo, con el conocimiento de ejemplos literarios y la práctica de figuras elocutivas (Sargatal, 2018). El tercero indica el factor del liderazgo, basado en la oratoria del encanto y la persuasión (Pastor, 2016). Un último principio considera la reunión de la retórica teórica y práctica en aplicaciones sobre la comunicación social y las relaciones personales (Laborda, 1996 y 2012). Por la concisión necesaria, depositamos el sentido de estos principios y el detalle de su mecanismo en las obras que pasamos a presentar.

### *Primer principio: aprendizaje de la fluidez*

La obra didáctica *Cómo hacer una exposición oral* presenta las técnicas de exposición en entornos formales. La sencillez y claridad con que destaca se explica por la trayectoria del autor, Luis Cortés (2018), que ha estudiado las variedades del discurso oral en sus aspectos sintácticos, estilísticos, sociolingüísticos y pragmáticos. Esta actividad investigadora es una faceta personal que interactúa con otra de carácter colectivo como director de la revista *Oralia*, especializada en la lengua oral.



La tesis del autor es que se necesita un método para adquirir y mejorar las destrezas de expresión oral. Esa convicción quedaba patente en una obra anterior, *Mejore su discurso oral* (Cortés y Muñío, 2012). En ella se ocupaba de la composición del guion y de la pronunciación del discurso —control del nerviosismo, gestualidad y voz—, así como de la imprescindible tarea de la revisión crítica de la actuación. En la raíz del plan didáctico de *Mejore su discurso oral* se aprecia la articulación de la retórica y la lingüística como fuentes teoréticas relevantes.

En este punto cabe hacer un apunte periodístico sobre el aprecio cultural que merece la oratoria. El caso es que el escritor y periodista cultural Quim Monzó (2018) sostiene la misma idea que el profesor Cortés sobre la necesidad de mejorar la enseñanza de la lengua oral. «En voz alta y clara» es el título de un artículo suyo en la revista *Magazine*, en que se hacía eco de un libro como el de Luis Cortés, pero en esa ocasión del tipo de autoayuda o de instrucciones para que el lector practique por su cuenta. Se trata de *Convence y vencerás*, de Antonio Fabregat (2017).

Es comprensible que esta obra de autoayuda y superación personal llame la atención a Monzó, no ya por unas características especiales, puesto que es equiparable a otros muchos títulos sobre oratoria para comerciales y empresarios, sino porque vocea la utilidad social de las destrezas discursivas. Lo que viene a decir Monzó es que, a diferencia de lo que sucede en la educación hispana, las prácticas orales son corrientes en las escuelas anglosajonas. El escritor se extraña de la postergación de esas actividades formativas aquí, cuando en su infancia la lectura en voz alta era un ejercicio preparatorio de muy buen rendimiento. «Aprendías que solo respetando las indicaciones ortotipográficas los demás entendían qué estabas explicando.» Y denuncia una situación en que se aprecia la falta de preparación en lengua oral, que sucede cuando «a veces pones la radio y escuchas a locutores a los que tanto les da que haya comas o puntos, porque todo lo leen de carrerilla y no se entiende ni papa» (Monzó, 2018).

La irónica crítica de Monzó no resulta una opinión extemporánea y aislada. Basta observar que las editoriales lanzan con regularidad edi-

ciones sobre oratoria por la sencilla razón de que hay demanda entre los lectores. Muestra de esa producción son los libros de Lluís Pastor (*El jefe habla – locuta rex*) y David Crystal (*The gift of the gab: how eloquence works*). Representan dos modelos formativos, el de autoayuda o motivador y el humanístico o cultural.

El libro del profesor Cortés escapa de esa clasificación dual de obras formativas. Supone una tercera clase de obras, la menos frecuente y la más exigente. El texto aporta un sello formal, un plan de trabajo en equipo y un filtro crítico que lo hacen particularmente apto para la esfera educativa de secundaria y superior.

*Cómo hacer una exposición oral* dispone de manera concisa y eficaz un plan formativo en dos etapas, complementado con otra parte de ejercicios y un anexo con discursos de consulta. La primera etapa trata de las competencias para producir un discurso, y la segunda tiene una función práctica, de aplicación a la actuación y su posterior revisión.

La primera etapa o fase formativa sirve para asimilar adecuadamente las competencias específicas que se requieren para mejorar la exposición oral. El factor de la situación es primordial en este punto para delimitar la especialidad expositiva a discursos académicos. Tal es el entorno comunicativo en que, con una previsión selectiva, se desea desarrollar las prácticas. La guía son principios pragmáticos y semióticos, que se exponen para conseguir un mayor aprovechamiento por parte de los alumnos. En primer lugar, se trata de los principios de corrección y de claridad en la expresión. A la definición de sus conceptos siguen cuestiones específicas. En lo que corresponde a la *puritas* o corrección, la obra previene contra errores o confusiones expresivas, como el mal empleo de relativos o el léxico inapropiado, por difuminado, desgastado, anglicado o archisilábico. En lo referente a la claridad, el autor recuerda con ejemplos sugestivos la conveniencia de evitar la redundancia, la ambigüedad y la monotonía de ciertos marcadores discursivos.

En sus páginas hallamos las recomendaciones sobre la adecuación y la eficacia, dos aspectos fundamentales donde los haya. El autor des-

taca con inspirado didactismo y con ejemplos simbólicos la idea de que sin adecuación es imposible la comunicación. El reto del orador primerizo es adquirir ese sentido de la orientación que lo distinga como un comunicador discreto, oportuno y eficaz. El acierto de Luis Cortés es relacionar la cortesía con la eficacia y dar apuntes claros sobre cómo desplegar el mecanismo del respeto y la valoración de la audiencia en el discurso. La inclusión de los aspectos argumentativos cierra el conjunto de herramientas de la eficacia.

Se ocupa también de los aspectos semióticos y paralingüísticos para completar el repaso de las competencias. En concreto, considera la teatralidad de la ubicación, el efecto de la mirada y de la postura, y los aparatos de proyección de imágenes, sobre los que avisa para que su uso sea muy medido. A su vez, las competencias prosódicas y paralingüísticas llevan a revisar entonación, volumen, ritmo y fluidez.

Visto todo ello como materia propedéutica, se entra ya con la segunda parte en las tareas de preparar, producir y examinar la calidad de una exposición oral. Consta esta parte de cuatro capítulos, en los que recae la intención principal de la didáctica oratoria. Su reparto es canónico, de modo que hallamos un capítulo de ideas generales y otros más para cada sección del discurso, de inicio, desarrollo y cierre. En las ideas generales se hace hincapié en las fuentes conceptuales del discurso y del tema que se desea tratar. La clave retórica que sugiere el autor es el orden como principio esencial.

En lo tocante al inicio, Luis Cortés da pautas sobre la importancia de despertar la confianza, conseguir la amenidad y anunciar con claridad el contenido de lo que se va a exponer. Para la parte central del desarrollo, el autor menciona el dicho de Galileo de que «hablar oscuramente lo sabe hacer cualquiera, pero con claridad y con orden muy pocas personas». Con ello reitera al lector su preferencia por un discurso medido y capaz. En consonancia con ese principio, Cortés se aparta del tópico de los contenidos para señalar la importancia del procedimiento. Ello no implica desatender los bloques informativos, en absoluto, pero para que destaquen hay que cuidar el paso de un asunto

informativo a otro. El tratamiento de esas transiciones es lo que, en palabras de Galileo, distinguiría al orador claro y eficaz. Para el conjunto de la exposición, el profesor hace una petición: «Por favor, procuren no leer la exposición».

En el cierre el orador se lo juega todo, como establece la máxima de Ella Wheele Wilcox: «Ninguna cuestión queda nunca concluida hasta que se concluye bien». La aparente obviedad de un aviso como este se convierte en una recomendación necesaria mediante consejos específicos sobre el comportamiento paralingüístico que ha de distinguir esta parte, así como mediante la relevante reiteración de las ideas principales y de las apelaciones oportunas.

La última sección del libro está dedicada a aplicar los consejos dados y los conceptos asimilados anteriormente. Desarrolla ejercicios expositivos sobre los asuntos del discurso político y sobre el bien y mal hablar. Como se observa, se aprovecha la actividad para incluir una reflexión sobre el discurso, de modo que se da pie a una reflexión metadiscursiva. En un caso, el ejercicio comporta dilucidar aspectos y efectos del discurso político y, en el otro, las valoraciones personales y sociales sobre variedades dialectales o diatópicas del habla andaluza.

El plan de trabajo propone preparar esos temas a partir de la lectura y análisis de materiales documentales extraídos de la prensa. Con ello se cubre la etapa de la inventiva o acopio de ideas para el debate. El interés de estas actividades es el enriquecimiento que ofrece el autor con pautas sobre cómo iniciar el discurso y con referencias complementarias de carácter literario. La sugerencia de diferentes formas de dar inicio al discurso da libertad al alumno para buscar su acomodo, a la vez que le confiere una responsabilidad personal por su elección. En el camino puede incorporar refuerzos argumentativos que proceden de la literatura y de la fraseología, con lo que comprueba el atractivo y la utilidad de razonar mediante elementos de la tradición y del código.

Los ejercicios propuestos en *Cómo hacer una exposición oral* destacan por concebir la actividad con un buen equilibrio de las actividades inventiva, organizativa, elocutiva y de actuación. Se conjura así la tenta-

ción de realizar la exposición sin apenas demorarse en las fases preparatorias, aquellas que permiten adquirir conciencia de corrección, claridad, adecuación y eficacia del discurso. Esas son, precisamente, las competencias de las que trata el libro al inicio.

### *Segundo principio: elocuencia en el estilo*

De la historia de la retórica el narrador extraería un retablo de fulgor y caída, de ascenso avasallador y de decadencia y ostracismo, un argumento tan humano que parece el melodrama tantas veces tratado en la literatura. Los emperadores romanos serraron las ramas de la retórica y perdonaron la de la elocución. Los humanistas antepusieron la gramática al arte de persuadir. Los tecnólogos y sus ministros de educación le dieron el despido a comienzos del siglo xx. Pero ahí sigue, inspiradora de profesiones vitales en el periodismo, la publicidad y la política. También rinde beneficios al mundo editorial con guías de oratoria y libros de autoayuda sobre comunicación.

La publicación de un libro didáctico sobre elocución, a cargo de Ramon Sargatal, permite revisar los recursos expresivos, a la vez que nos recuerda indirectamente la larga historia de la retórica y sus avatares (Arias Montano; Medina, 2000). El texto, escrito en catalán, tiene un título atractivo pero un tanto equívoco: *Manual per aprendre a fer versos*; en castellano, «Manual para aprender a hacer versos». El equívoco procede de que no es exactamente un arte poética lo que se expone, y apenas dedica unas páginas a métrica y versificación. Su contenido son las figuras de la elocución en su uso poético. Hay que reconocer una justificación de este reclamo finalista o aplicado. Es un gesto de ingenio que permite evitar un título tan descriptivo como árido y conocido. La obra de este filólogo y profesor de latín podría haber reiterado, en parte, títulos como *Didáctica de las figuras retóricas*, de Aurora Martínez Ezquerro (2002) o *Diccionari de figures retòriques*, de Joan A. Oriol Dauder y Joan Oriol i Giralt (1995).

El subtítulo de la publicación de Sargatal tiene el encanto de proyectar un ambiente poético: *Te deix, lector; Vinyoli com a exemple*. En el lírico enunciado —traducido es «Te dejo, lector, Vinyoli como ejemplo»— se menciona al poeta Joan Vinyoli (1914-1984), cuya producción toma el ensayista para ejemplificar las figuras retóricas. Hay en ese subtítulo un guiño literario, con la variación intertextual del compendio de relatos de Carme Riera (1975), *Te deix, amor; la mar com a penyora* («Te dejo, amor, la mar como prenda»), un título atrayente por el sentido enfático y por la dicción aliterativa. La combinación de referencias mediante el juego verbal sugiere la idea, ajustada en este caso, de que el libro invita a un taller gozoso por su talante práctico y hermoso por los versos del poeta que muestran el funcionamiento de las figuras.

Advertido del propósito didáctico del ensayista, el lector puede observar el alarde retórico de la portada y su subtítulo. Aprecia la articulación de figuras, con el apóstrofe o apelación al destinatario en «te dejo, lector», que incluye la calificación de su rol. Dejar a uno el bien público e inmenso de la mar es, como la anterior, una figura de pensamiento. La primera se refiere a la audiencia del discurso y la siguiente, al asunto. El juego con el título de la escritora Carme Riera es otra figura de pensamiento, la alusión (Sargatal, 2018: 78), que opera cambiando alguno de los elementos expresivos. De la alusión pende implícita y tenuemente una cuarta figura relativa a la dicción, con la reiteración sonora de amor y la mar, esto es, una aliteración.

Por la sugestión del alusivo subtítulo, vemos al autor del ensayo como un navegante en el mar de las figuras del lenguaje. Es un periplo de figura en figura, organizado por etapas, por partes. Podría haber establecido las que en obras clásicas corresponden a las figuras de dicción o fonológicas, de sentido o tropos, de construcción o sintácticas y de pensamiento o intencionales. Pero aquí se opta por una composición diferente.

El guion que despliega Ramon Sargatal distingue tres partes, que tratan de figuras de pensamiento, figuras de ornato o tropos y figuras de dicción. Una cuarta y última parte del libro recoge escuetamente nociones de métrica. El orden y la extensión variable de estas partes es

un manifiesto de las preferencias del autor, sin duda adaptadas a la función poética que les atribuye y, también, a la fuente literaria del poeta Vinyoli. El atractivo indudable de este recorrido de setenta y ocho figuras es la selección y agrupación que de ellas realiza el autor. Son más abundantes en número y en extensión ejemplificadora las figuras de pensamiento y las que aquí se denominan de elocución, en detrimento de las generalmente reinantes de los tropos.

Más importante que el reparto de los términos retóricos es el tono y el efecto que consigue el autor con su exposición. Uno de los riesgos que elude es la densidad conceptual y la aridez de manual, porque ha escogido un estilo ensayístico, de expresión ágil y de tenor cercano y personal. «Tè propongo que pienses en el fenómeno de la naturaleza más hermosa que recuerdes haber visto jamás», comienza diciendo Sargatal (2018: 11) para señalar un marco comunicativo informal en el que el lector pueda sentirse incluido y cómplice de la exposición.

Para que no decaiga el tono de conversación, en el capítulo siguiente, sobre las figuras de pensamiento, la página arranca con una pregunta retórica: «¿Cómo comienza esta aventura?». Y sigue una respuesta de sintonía entre los interlocutores: «Ya lo hemos dicho. Quizá estabas distraído ante un paisaje, paseabas por la calle o escuchabas una charla en la terraza de un bar y, de repente, has recibido un impacto directo al corazón o la mente, un impacto que te ha emocionado» (Sargatal, 2018: 23).

Esta apelación a la autenticidad de unos sentimientos admirativos enlaza con la idea del descubrimiento poético de pliegues del yo en los versos de Joan Vinyoli, que se toma como maestro y ejemplo fascinante del arte retórica. Conviene añadir que hay una satisfactoria correspondencia entre estos recursos de claro atractivo con el hilo expositivo.

En lo que se refiere a las figuras de pensamiento, el autor señala aquellas que implican la relación con el público —el apóstrofe, por ejemplo—, la relación semántica con el asunto —la antítesis, etc.—, la relación afectiva —la exclamación—, la dialéctica —la concesión—, la adición de elementos —el paréntesis—, la supresión de elementos —la prete-